

La monarquía en Euskadi

JOSÉ MARÍA CALLEJA

La Monarquía democrática del Rey Juan Carlos I de España cabalga hoy en Euskadi, como tantas otras cosas importantes, entre la aceptación mayoritaria y el reconocimiento de hecho de su papel, y el rechazo minoritario del grupo antisistema; entre el reconocimiento, expreso o tácito, de su necesaria función por encima de la pelea política y partidaria diaria, y el intento de una minoría ruidosa por aprovechar cualquier ocasión para arremeter contra ella.

Por decirlo más gráficamente aún, la monarquía española es una institución capaz de compatibilizar la *movilización estática* de decenas de miles de vascos, que asistieron durante horas embobados frente al televisor a la retransmisión realizada por la Televisión Española —en directo, desde Sevilla, casi na—, de la boda de la Infanta Elena; con la crítica fácil que ejerce la *banda del no*, confiada quizá en que esa reprobación está bien vista. (Un dato expresivo: la boda

de la Infanta Elena tuvo en Euskadi una de las tasas de audiencia más altas de toda España, lo que demuestra de forma empírica algo que ya sabíamos: cuando se actúa en privado, sin testigos amenazantes o reprochadores de profesión, haciendo lo que en realidad a uno le apetece hacer y no lo que cree que debe hacer para no salirse de lo políticamente supuestamente correcto; pues cuando eso ocurre, la consecuencia es que en Euskadi la boda real *se sale* en los niveles de audiencia. Una boda real, realmente existente, española y regia en sí misma. Como ven, muy significativo).

«La Monarquía democrática del Rey Juan Carlos I de España cabalga hoy en Euskadi, como tantas otras cosas importantes, entre la aceptación mayoritaria y el reconocimiento de hecho de su papel, y el rechazo minoritario del grupo antisistema.»

Y es que, por esencia, la democracia española, sus instituciones y, entre ellas, la monarquía de Juan Carlos I de España, no es que permitan la crítica como una concesión graciosa sino que, por carácter y talante, la consideran un ingrediente de la vida política. Crítica a veces ruidosa y llena de alharacas, pero cuya existencia demuestra su capacidad para integrar a los contrarios, valor supremo para alcanzar la

convivencia. Una discrepancia que está precisamente en las antípodas del silencio, de la unanimidad prevista de antemano y de las adhesiones inquebrantables que algunos, con el reloj de la historia parado hace cien años, pretenden importar aún en Euskadi a golpe de sangre, odio y dictadura.

Lo cierto es que hoy el Rey don Juan Carlos I es una persona querida entre los ciudadanos demócratas vascos y rechazada, pero reconocida de hecho y por lo que significa, entre los antidemócratas. (Alguno de éstos se siente obligado, incluso, a ponerse corbata antes de visitar al Rey para exponerle sus demandas, gesto con el que al margen de la teatra-lización esperpéntica y del torpe atuendo, asume expresamente el papel de la institución, por mucho que le pese a alguien que reclamándose independentista y antisistema llamó a la puerta y pidió audiencia a la monarquía española).

Como en tantas otras cosas, la mayoría de los vascos aceptan y apoyan la monarquía española aunque introyecten un determinado clima ambiente —creado y también imaginado— hasta el punto de no atreverse a verbalizar en público ese apoyo por miedo a las consecuencias.

Público y privado

Esta especie de esquizofrenia entre la aceptación expresada en privado, de hecho y en las urnas, y la no exteriorización de ese mismo sentimiento en la calle y ante extraños,

impregna todavía desgraciadamente buena parte de la vida pública vasca y se expresa en otros terrenos igual o más importantes, como son la propia democracia, el sistema parlamentario, el partido al que se vota, el rechazo a la violencia, la oposición frontal a los que atentan a diario contra la vida y la convivencia, etc. Sin embargo, esto no implica que los valores democráticos no estén extendidos y asumidos entre la mayoría de los vascos y ello a pesar de que no disfrutaban aún de una democracia plena como la que existe en el resto de España.

«Lo cierto es que hoy el Rey don Juan Carlos I es una persona querida entre los ciudadanos demócratas vascos y rechazada, pero reconocida de hecho y por lo que significa, entre los antidemócratas.»



Lo cierto es que en Euskadi, en unos casos, hay muchos que no sienten que otros valores estén en peligro y por eso no ven preciso defenderlos; en otros casos, el miedo a expresarse como un demócrata es tan fuerte que resulta paralizante, incluso a la hora de defender el sistema político que permite y garantiza la

convivencia entre distintos. Los que no callan casi nunca son aquellos que se aprovechan de las facilidades de la democracia para tumbarla.

En cualquier caso, la Monarquía española, y especialmente el Rey Juan Carlos, tiene ya su lugar en la retina de la historia: en la memoria de la mayoría de los vascos en edad de votar está fijada la imagen de Juan Carlos *aguantando el tirón* de los violentos que en la Casa de Juntas de Gernika trataron de reventar su visita a Euskadi.

Aquellos sucesos grotescos de Gernika, prólogo aciago del intento, felizmente fracasado, de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981, tuvieron su epílogo consecuente cuando algunos de los violentos —que no

habían hecho otra cosa que asesinar a policías, militares y civiles y hostigar al ejército desde la muerte de Franco—, nada más atisbar los primeros síntomas del golpe en la calle, se hicieron a la mar.

Poco importó entonces que, desde la segura comodidad que permite la democracia, los vio lentos de salón hubieran martilleado durante años con sus bravatas llenas de odio contra España contra la Monarquía y contra la democracia. Poco importó, aquel 23 de febrero, que los violentos se hubieran empeñado concienzudamente —atentado tras atentado, palabra sobre palabra—, en crear las llamadas *condiciones objetivas* para poner al ejército al borde del abismo: llegados todos a los límites del precipicio, los supuestos teóricos de la tan cacareada y deseada insurrección armada vasca no supieron dar la réplica a los carros de combate. Simplemente huyeron, o se escondieron. Inmenso ejemplo práctico de la endebles de todo su discurso político insurreccional venido abajo a las primeras de cambio. Lo que en su demencial terminología hubiera sido una ocasión inmejorable para, una vez excitadas las *contradicciones del enemigo*, preparar el asalto final del género humano con chapela, se convirtió en una huida en toda regla, o en el enroque en las madrigueras en espera de que escampase.

Memoria frágil

En este país de memoria frágil y, por tanto, condenado estadísticamente a repetir los mismos errores con contumaz reiteración en cortos períodos de tiempo, conviene recordar, ahora y siempre, que el grupo terrorista que

«En las situaciones críticas, no sólo la intentona golpista de febrero de 1981, la Monarquía ha actuado en Euskadi como un punto de referencia necesario y balsámico.»



durante los últimos treinta años ha ensangrentado la vida de nuestro país y al que, por aburrimiento, me niego a nombrar; pues bien, ese grupo que usted sabe, había asesinado nada menos que a cien personas, cien, se dice pronto, durante el año 1980. Ese frenesí asesino, sólo posible sin réplica equivalente en una situación de democracia, estuvo

preparando los caminos para la intentona del 23-F que una vez aparecida en escena desbarató toda la verborrea con la que los violentos supuestamente la habían esperado.

Precisamente ahí, llegó el Rey. Cuando, como escribiría Mario Vargas Llosa, Zabalita estaba a punto de joderse y con él también el Perú (España) *llegó el Comandante y mandó a parar*. Juan Carlos I simbolizó el triunfo de las fuerzas partidarias de la democracia, con todo su ruido; y contrarias a la dictadura, con todo su silencio. Juan Carlos I, en última instancia, salvó incluso a aquellos que se habían aprovechado de la democracia para tratar de acabar con ella y que cuando la vieron en peligro sólo supieron huir.

En las situaciones críticas, no sólo la intentona golpista de febrero de 1981, la Monarquía ha actuado en Euskadi como un punto de referencia necesario y balsámico. En situaciones de normalidad, las visitas de Juan Carlos y de Sofía a Euskadi han servido de estímulo a miles de vascos, que han salido a la calle a testimoniarles su apoyo, y de disculpa para una minoría que ha tratado sin éxito de boicotear la visita y hacer de ella un elemento propagandístico en contra del sistema democrático. No deja de ser curioso que alguno de los que lideran la algarada cuando el Rey viene, por ejemplo, a Bilbao, escenifiquen luego una puesta de corbata en la antesala

de su visita ante el mismo monarca al que abuchearon. Los violentos, al tener a la monarquía española en el centro de sus furibundos ataques, le otorgan de hecho un papel clave, a veces incluso por encima de la realidad de la propia institución.

La monarquía española cuenta hoy en Euskadi, con el apoyo de un amplio sector de la población, sufre los ataques de una minoría que quiere sencillamente imponer por las armas lo que no lograra en las urnas y se mueve en un terreno de respeto, pero sin apoyos entusiastas, entre amplios sectores del nacionalismo vasco templado, democrático y contrario a la violencia.